

LOS MITOS DEL AMOR



Roberto Murillo

Denis de Rougemont ha publicado en la colección idees, N.R.F., *Gallimard*, una obra muy interesante, titulada *Les mythes de l'amour*, en la misma dirección de su libro *L'amour et l'Occident*. Más que

una reseña bibliográfica ofrezco algunas consideraciones al margen del tema central de la obra, a la vez tan esencial y tan enigmático.

El autor parte del hecho de que es sólo en Occidente donde la moral religiosa y el erotismo han llegado a un estatuto "de conflicto permanente, de desprecio recíproco, de rigurosa exclusión mutua" (p.12). Esta oposición no implica una simple separación o indiferencia entre lo sagrado y lo erótico. Todo lo contrario: desde Hegel sabemos que toda negación trabaja en la nostalgia de una síntesis, y que en el fondo son lo mismo oposición e identidad. Los imperativos de la moral religiosa, por lo menos los históricamente predominantes en el Occidente cristiano, han dado testimonio de un erotismo sagrado. Lo han dado, aun cuando sea precisamente en la negación y en la ausencia. Incluso un hombre como André Gide es un mártir: etimológicamente, un testigo de desgarramiento entre lo espiritual y lo erótico. Después de pasar por la "puerta estrecha" ¿no llega Gide a afirmar, de una o de otra manera, que "el deseo puro debe ser sin amor (y por tanto el amor puro debe ser sin deseo)" (p.193)?

Hemos hablado de André Gide. El autor nos habla, a distintos niveles, de una obra como "Lolita", de Robert Musil y de Boris Pasternak. Y también, muy principalmente, de Kierkegaard. Estos pensadores y artistas son los continuadores, humana y literariamente, de los grandes mitos occidentales del amor, del mito de Tristán e Isolda, del mito de Don Juan. Ya sabemos que los mitos no son meras leyendas ficticias, más o menos difundidas. Ellos expresan, por el contrario, ciertas dimensiones fundamentales del ser del hombre. Con mayor o menor facilidad la experiencia cotidiana hace que los hombres nos reconozcamos en los mitos.

"Un hombre cualquiera no se siente tentado a reconocerse en Fausto o en Prometeo, en Hamlet o en Don Quijote, pero no duda en creerse Don Juan si tiene el gusto de la facilidad o del cambio; o Tristán, si se siente mejor dotado para desdicha de amor, o de fidelidad" (p.28). Los mitos cuentan poé-

ticamente las pasiones del corazón, y al hacerlo, equilibran la separación plena en el pensamiento de Descartes: éste, "habiéndose separado del todo el cuerpo y el espíritu, no sabe cómo unirlos: eclipse del alma" (p.21). Es pues esta alma, este soplo vital que no es ni puro pensamiento ni pura materia, lo que los mitos cantan y cuentan.

En la encrucijada de los mitos se encuentra Kierkegaard. El autor nos da preciosas indicaciones para entender las contradicciones de este religioso siempre enamorado. Siendo vitalmente Tristán por fidelidad y renuncia—recordemos la historia de su noviazgo con Regina Olsen— Kierkegaard se extasia ante las proezas de Don Juan, como lo vemos, por ejemplo en el *Diario de un Seductor*. Pero comprende muy claramente la insuficiencia de esta antítesis, lo que sus dos miembros tienen de común: la separación entre el *placer instantáneo* y el *valor eterno*. Así vemos como Kierkegaard se sitúa literalmente al nivel de un matrimonio que nunca pudo realizar,

y desde allí, en nombre de la *duración de la alegría*, fustiga al donjuanismo. Pero ya sabemos que ahí encuentra una antítesis sin síntesis posible, al menos hasta donde él lo pudo ver: la del sacerdocio y el matrimonio.

Kierkegaard murió como un sacerdote, en lucha con la iglesia oficial, en nombre del espíritu del evangelio; y vivió en angustia la convicción de que esta misión filosófica y religiosa no era conciliable con su matrimonio con Regina Olsen. Sin duda es este un problema muy profundo y delicado, y conviene relacionar con los dos anexos con que Denis de Rougemont termina su libro. Versan sobre el amor en los evangelios y en las cartas de San Pablo. De ellos parece concluirse que no es del mismo Jesús de donde proviene la violenta exclusión del sexo respecto de la moral religiosa. ¿No es más bien un platonismo ya envejecido el que ha reducido a puro silencio "remedio contra la concupiscencia", sin exaltación artística, la única forma de erotismo moral del Occidente cristiano?.